

FERNANDO MARTÍNEZ LAÍNEZ

Acción y algo más

Quizás el cambio de opinión empezó con *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, el *Chacal*, de Forsyth, o *El candidato de Manchuria*, de Richard Condon, pero el hecho es que ha pasado ya el tiempo en que las novelas de acción etiquetadas como *thriller* fueran consideradas, en bloque, infraliteratura, basura escrita destinada al olvido. En la actualidad, el *thriller* es un género respetable; o al menos no despreciable, lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que la gran mayoría de las obras así catalogadas sean buenas. El problema, como siempre, es la calidad. Hay *thrillers* buenos, malos, mediocres y hasta nefastos. Un buen *thriller* —definen algunos teóricos— es aquel que está tan bien escrito que puede leerse por puro placer después de conocer el desenlace. O sea, cuando la literatura supera al misterio, siempre que el misterio lo sea realmente, y no se trate de una desangelada tramoya cuyo final deje de interesarnos a la segunda página. El *thriller* requiere tensión y es la novela de aventuras de nuestro globalizado tiempo, un género universal, con un mercado lector en expansión que se revela inagotable. El gran peligro está en la mimética descerebrada y la sumisión a los tópicos, algo propio de autores oportunistas y romos que ambicionan alcanzar la meta del *best-seller* y llenarse rápido el bolsillo. Pero escribir un buen *thriller*, tenga o no éxito, no es fácil. Exige profesionalidad, talento narrador, personajes creíbles y documentación exacta que haga verosímil la acción. Eso como mínimo. El *thriller* es un género difuso, un saco donde cabe casi todo con tal de respetar el principio básico de contar una historia de acción que no aburra. Si además de no aburrir, la historia está bien escrita, estaremos hablando de literatura.

La línea que separa el *thriller* de la novela policíaca, negra, o de espías, es con frecuencia muy delgada, y en el caso español hay buenos ejemplos de esto, como demuestran dos recientes obras: *Crímenes para una exposición* (Ediciones B), de Juan Bolea, y *El quinto mandamiento* (Espasa), de Eric Frattini. La novela de Bolea elabora una original intriga en clave musical, con cuidado estilo y protagonismo de la subinspectora Martina de Santo, un personaje bien tallado, dotado de calado emocional. En cuanto a Frattini, veterano conocedor de enredos vaticanos, acierta a combinar una trama bien orquestada y un planteamiento documental riguroso. En ambos casos, ficción criminal bien trabada. Dos tantos para el *thriller* español. ■